CHOPOS

Ahí están, echados todavía en el suelo, con sus raíces en el esportón de tierra madre, oliendo a vida y a esperanza.

Han traído tres mil, y todos vamos a sembrar los nuestros. Da gusto ver los que ya están plantados, tan tiernos y tan fuertes, tan sanos, tan vivos, con sus tiesas hojitas, sonajas aleteantes, y su amorosa agua al pie, empezando ya a arraigar y a sostener el cielo.

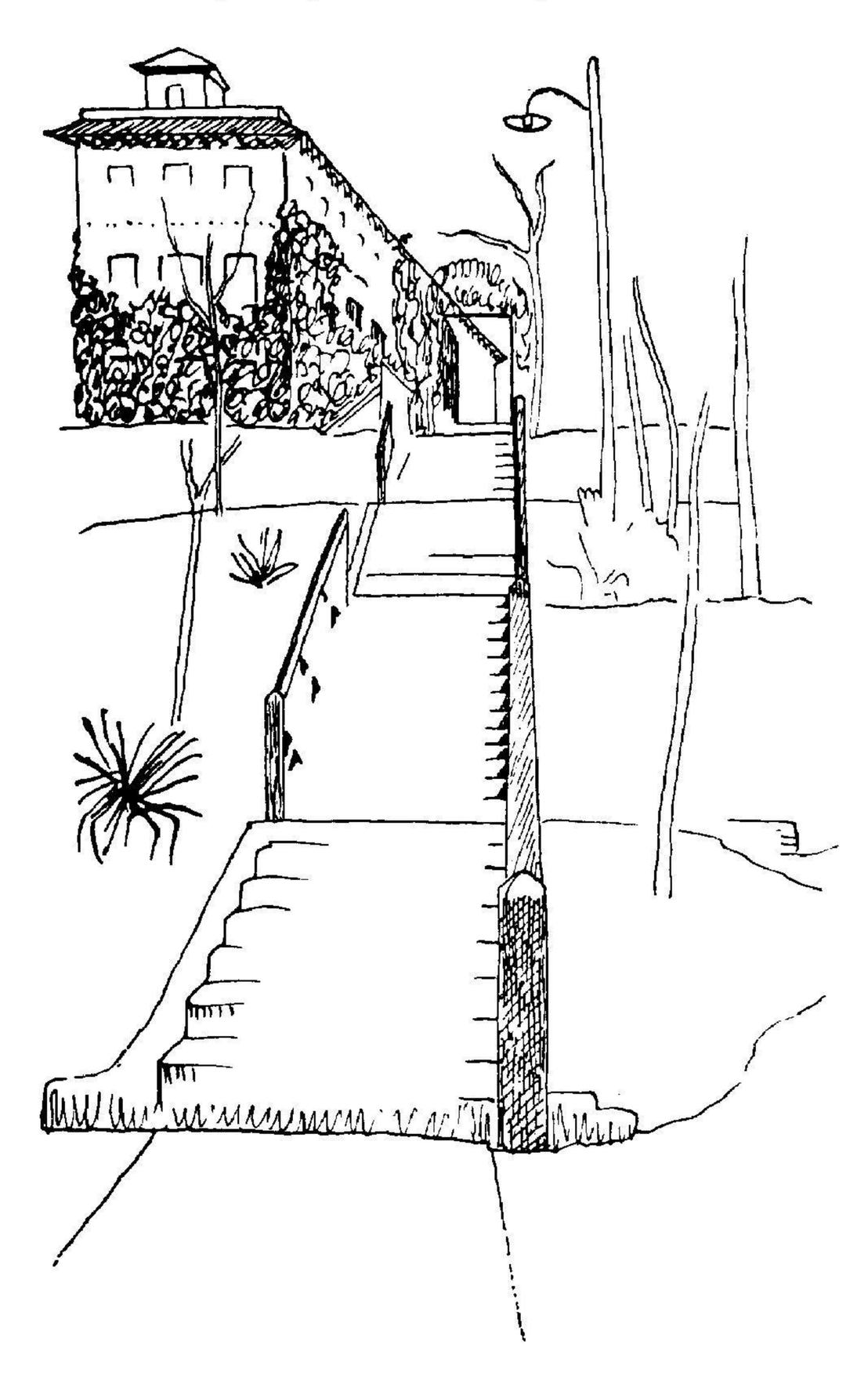
Aun su sombra no sirve ni para Parsifal, el perro blanco de Cándido el portero, y el aplauso de sus hojas es lejanísimo, todavía casi en la madre, allá en el otro campo de Madrid. Pero, ¡qué gozo ya esta gran promesa de verdor, de oro, de esbeltez, de luz, de pájaros, en esta colina yerma ayer, pedazo del planeta que en este momento nos corresponde, y donde estamos poniendo al ponerlos, para cada primavera, cada verano, cada invierno y cada otoño, con el recuerdo de cada primavera y cada verano, cada invierno y cada otoño, nuestro verdor, nuestro ardor, nuestra dureza y nuestra llamarada!

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

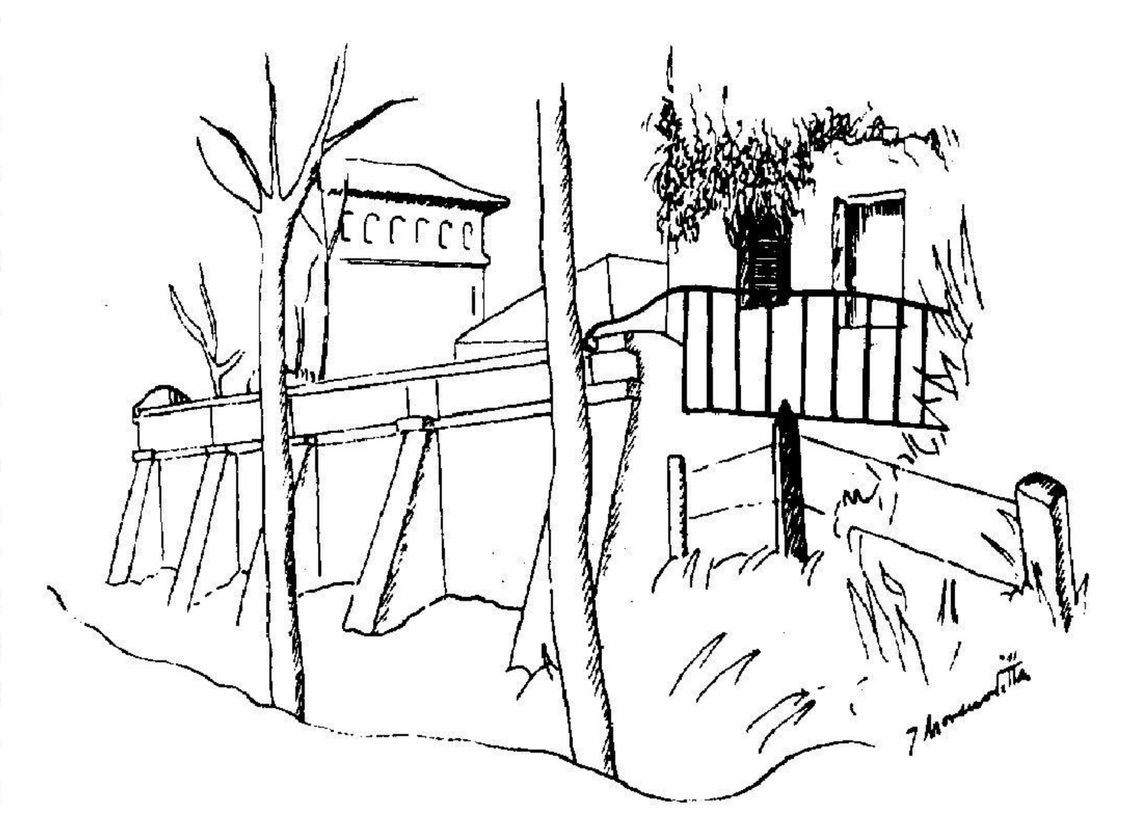
gallardete azul con estrella blanca de cinco puntas. Cada punta responde a un pabellón.

El *primer* pabellón ya tiene bastante con ser primogénito. El *tercero* es «la casa», el organismo completo—dirección, oficinas, sala de conferencias, comedor, cocina, dormitorios. El *cuarto* es el científico, porque toda su planta baja la ocupan los laboratorios. Pero este pabellón tiene un mote: *El Trasatlántico,* por su largo balcón de borda y porque sobre la tendida recta de su azotea flotan al viento nuestras ropas como equipos de tripulación en cordaje naviero.

Detalles... Cada día trae un montón. Basta templar la velocidad de la vista. Bichejos de experimentación, conejos y conejillos de India, ranas, galápagos, peces, en sus madrigueras, jaulas y alberquillas; matas, flores, un plantío de chopos; aquí, una casa mata donde trabaja el naturalista Zulueta, y allá, un marco de prensas de fotografía, donde vive un investigador de nuestra escultura histórica. Los ojos dan sobre el *tennis* o el campo de *foot-ball;* los ojos recaen sobre una



reproducción de Vermer de Delft, de Hobbema, de Miguel Ángel, o sobre el retrato de Goethe que preside el recinto de los libros. El año no sé cuántos, cada Residente compró y puso un plantón vegetal. ¿Quién puso el escudo de Madrid, tan rococo, en el segundo pabellón? Sobre el Canalillo cruza un puente de madera pintada de verde y otro de hormigón. Esta ducha del primer piso es más fría que la del tercero. Es



que en el bajo se asoma la hiedra a la ventana, y en el último, el sol. Las mujeres del servicio van de negro y blanco o de mallorquín a rayas azules. No hay perro en la Residencia. Las noches son de un silencio absoluto. En un cuarto se «hace» medicina; en otro, cálculo infinitesimal; en otro, legislación; en otro, historia; en otro, caminos, puentes hacia la eternidad, versos. ¿Es que hago un relato simultaneísta? Es la realidad. Un mundo es esto. Con todo. Y todo funciona y todo sigue su trayectoria. Siga el Residente.

J. Moreno Villa.

CHOPOS

Ahí están, echados todavía en el suelo, con sus raíces en el esportón de tierra madre, oliendo a vida y a esperanza.

Han traído tres mil, y todos vamos a sembrar los nuestros. Da gusto ver los que ya están plantados, tan tiernos y tan fuertes, tan sanos, tan vivos, con sus tiesas hojitas, sonajas aleteantes, y su amorosa agua al pie, empezando ya a arraigar y a sostener el cielo.

Aun su sombra no sirve ni para Parsifal, el perro blanco de Cándido el portero, y el aplauso de sus hojas es lejanísimo, todavía casi en la madre, allá en el otro campo de Madrid. Pero, ¡qué gozo ya esta gran promesa de verdor, de oro, de esbeltez, de luz, de pájaros, en esta colina yerma ayer, pedazo del planeta que en este momento nos corresponde, y donde estamos poniendo al ponerlos, para cada primavera, cada verano, cada invierno y cada otoño, con el recuerdo de cada primavera y cada verano, cada invierno y cada otoño, nuestro verdor, nuestro ardor, nuestra dureza y nuestra llamarada!

Juan Ramón Jiménez.

RESIDENCIA

1926

Año I

Num. I

MADRID